

Reloj de arena

El habla artificial jamás será rebelde

“Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento”.

K. Marx

Tesis sobre Feuerbach II

Por Alejandro Bruzual
relojdearenabruzual@gmail.com
alejandrobruzual.wordpress.com

Solo un cambio en la manera de pensar permitiría transformar el mundo, pero eso también hay que pensarlo. El filósofo de nuestro epígrafe, judío y alemán, era un minero de la comprensión social e histórica, no un obrero del mundo. Y quizás le pesaba su condición de intelectual, pero sabía que solo cincelandos las ideas se pondrían al servicio de la libertad, porque muchas injusticias crecen en las sombras. Pensar permite ver a través de las palabras, quitarles grillos que no cantan. Es lo que hace la literatura al multiplicar sus sentidos y crear lo posible en el terreno de lo impensado. Y si la realidad cambia, también la palabra, aunque sea la misma, como lo supo un reciente autor del Quijote. No obstante, si se trasvasan los énfasis, la vida se hace menos comprensible. La Revolución Francesa lo supo, y logró más con el brillo de la guillotina borrando para siempre la divina falsedad del Rey, que con los hermosos nombres de los meses que pasaron.

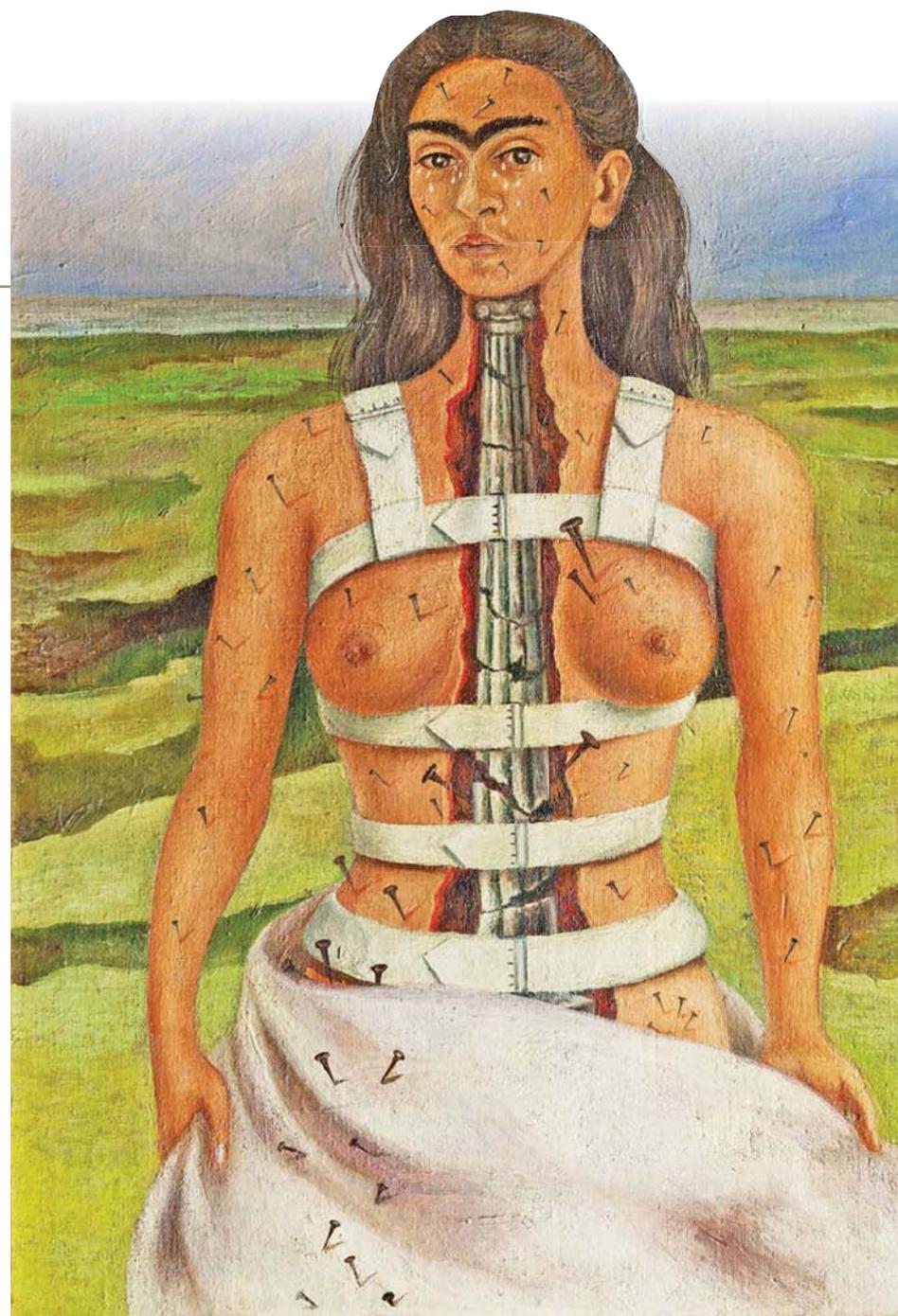
Yo soy de los que emplea “los”, como lo hizo siempre nuestra lengua, y no me asumo machista ni reaccionario. No es una posición política, sino lingüística. Y si son homónimos, precisamente no designan siempre lo masculino. La lengua es herencia compartida de siglos, y debe servir más para revertir que para enmascarar. Lo referencial se desgasta en un nombrar innecesario, que atenta contra la concordancia. El habla artificial jamás será rebelde. A lo sumo, una pose más. Por el contrario, se necesita sumar sentidos a las luchas femeninas, en particular en el ámbito de leyes y trabajo. Luchas que son vistas como bordes de lo social, y se suman como subalternas a las obreras, los derechos de niños y ancianos, las exigencias de la comunidad sexodiversa —¿habrá que inventar otro género lingüístico?—, la acción de las minorías raciales. Más bien, ellas expanden el contorno de lo democrático. “Si la República no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la Repú-

blica”, advertía con acierto José Martí. Habrá que remar duro hasta avizorar una sociedad equitativa y del respeto, que es la posibilidad de verdad del otro que nos conforma. Sin embargo, un grupo minoritario rige los destinos sociales con una versión masculina de la vida, asentada en la violencia física de valor animal.

Poco se logra, entonces, desintegrando lo femenino en islas y vocablos de luchas aisladas. Ciertamente debemos sacar siglos de dominación del “los”, y cargarlo más bien de un “todos” poderoso. Pero se oye, entre otras barbaridades, decir sin sorpresas “los y las trabajadoras”, “los y las alcaldesas”. Se invierten los términos de exclusión verbal, porque no puede haber igualdad de género en un mundo de explotadores, y estos provienen de todos los rincones sociales, incluso los poblados de mujeres. En una sociedad sin garantías de género nada asigna necesariamente una inscripción libertaria. Por el contrario, resulta patético cuando actrices de telenovelas o esposas de políticos en desgracia se asumen como analistas del acontecer nacional, postulando subjetividades en voz alta. Similar a la verborrea de peloteros y músicos de masas en las primeras páginas de los periódicos. Habrá, entonces, que exigir al zapatero que hable duro desde sus zapatos, y veremos cómo sus pensamientos calzan.

Pero son excesos, claro, los que sobran. Conocí a una feminista que denunciaba el acoso de una mujer lesbica, “peor que la de los hombres”, reducía su experiencia. Y a un italiano, que fue encerrado en el estadio donde Pinochet practicó el deporte preferido de la dictadura, quien rememoraba el terror de caer en manos de torturadoras. Demostraban sobre ellos su mayor hombría. Y si las estadísticas no descubren otra desilusión, las mujeres se muestran menos corruptas, violentas y arbitrarias. No obstante, las invaden conceptos como “éxito”, “competitividad”, “eficiencia”, “excelencia”, propios de la palabrería del mercantilismo moderno que produce peores seres humanos, también entre ellas. Es por esto que, estoy convencido, no llegaremos a una sociedad horizontal y de oportunidades igualitarias a través de una sociedad regida por lo femenino, cuando una precaria dicotomía nos entrapa.

La manipulación mediática imagina casos ejemplares, que confunden conquistas sociales y de géneros, y sus películas alcanzan mayores éxitos que calidad fílmica. A Camille Claudel, dis-



cípula y amante de Rodin, se la muestra como la artista verdadera, la genio usurpada y no reconocida, que enloqueció por amor e incompreensión. Pero muy difícilmente esto se refleja en su trabajo. Ni siquiera muestra una influencia válida a la que no se le pueda revertir su sentido. Rodin fue el más grande escultor después de Miguel Ángel, de quien reconoció deudas. Entonces, más allá de sus posibles mezquindades, no se pierde un grano de mármol al compararlo con la desequilibrada y excesiva expresividad de la hermana del poeta católico. Rodin no es apresable en la anécdota fácil y emotiva de Camille. Supo aprovechar la extraordinaria fuerza de sus materiales, sugerir rasgos para fortalecer la expresión. Dejó preguntas sobre las manos del creador en la piedra. Incluso, la aglomeración final de *La puerta del Infierno* no le resta privilegios a un inmenso talento convertido en obra.

También tenemos a Frida Khalo frente a un Diego Rivera arribista, quizás mentiroso y aprovechador. Más allá de las felonías del pintor, Frida construyó un personaje fascinante e intenso, sexualmente movido, incluso en política. Fue

crónica de un mundo profundo, pero plásticamente inferior a su tragedia. Conmueven sus cuadros y cautiva su persona, pero no convence su estética. Es admirable su resistencia, y potentísima su feminidad, pero relata demasiado, se obliga a conmovir, muestra sus trampas psicológicas. Le apuesta todo a un dibujo que, en definitiva, es precario. Hoy la toman como bandera muchas que hubieran despreciado las que ella levantó desde su silla de ruedas. Feministas de club y alta sociedad creen disputársela en las subastas. Inerte a la distancia de su obra anecdótica, el surrealismo publicitario hace etiquetas del vuelo de sus cejas.

Las obras de Camille y Frida fueron víctimas de sus sufrimientos, no de Rodin o Rivera. Como muchos, no pudieron desarrollar talentos equivalentes en una sociedad injusta y explotadora. Pero no es degradándolos como crearemos un mundo mejor, sino cambiando las condiciones para todos, en la terrenalidad de su práctica. Ellos no fueron los enemigos, fueron las referencias inalcanzadas.